amigo, ni contaba, no, no, sus sueños á aquel mocetón garrido, cuya tierna mirada la seguía humildemente. Durante una temporada dejó de venir á la calle Bolivar, y misia Estanisladita no supo excusarla.

—Hija, se ha puesto tan rara, que yo no la entiendo: le ha entrado ahora mucho entusiasmo por la música, y no se despega del piano... Mira, Bernarda, el bombasí que están vendiendo en la esquina de Victoria: ¿á cuánto te parece la vara? Adivina.

No sé si fué á causa de este cambio, que Tobías se puso malo; pero sí que su enfermedad dió motivo á la vuelta de Graciana. Y aunque la reserva que la imponían sus quince años pareció á todos exagerada, mostróse amable, sonriente, y hasta consintió en subir una tarde á visitar el taller. El joven la recibió de blusa, con las manos tan sucias que hubo de renunciar al inefable placer de tocar los dedos sonrosados que se le ofrecían, profundamente emocionado y sintiendo no poca vergüenza de mostrarse ya *tan grande* y no poseer aún el trono de

oro de sus sueños para hacerla un lugarcito de mil amores. Gracia revisó todo, cuidando de no mancharse, y decía:

—Muy bonito, muy bonito... Pero *usted* está hecho un albañil.

Y sin darse cuenta del efecto de este *usted* traidor, asomóse á la ventana.

—¡Qué vista! El río, el puerto... ya trabajará usted aquí bien á gusto.

Luego añadió que su mamá la esperaba, y escapó por la escalerilla.

Nuevo eclipse sucedió á esta visita del taller, más prolongado que el anterior. Pero esta vez, misia Estanisladita contó que había recibido de Córdoba una *huéspeda*... y por eso:—Es la hija de una antigua amiga, sin padre ni madre, ni bienes de ninguna clase, que ha estado á cargo de unos tíos, y muertos los tíos, quería el tutor meterla en un convento, por deshacerse de ella; yo lo supe y le dije á Pepe: Mira, Pepe, ¿si mandáramos venir á Ubaldina? Y Pepe consintió, y ahí tenemos á la cordobesita instalada en casa. ¡Es una joya, hija, una joya!

Ella sabe de todo, y lo que no sabe, lo aprende sin que se lo enseñen, nada más que viéndolo hacer. Gracia está loca con la compañera. Y como es así, ha dado en la manía de querer entrar con ella en un colegio de Hermanas á concluir su educación. Pepe dice que sí... ¡pero yo, ya ves, Bernarda, ponte en mi lugar!

Este resultó el eclipse más largo. Porque, al fin, Gracia y Ubaldina entraron en el colegio, y en tres años que duró la reclusión, sólo en dos ocasiones logró ver Tobi á la señorita de Sangil, y eso en su propia casa, y de paso. La encontró más bella y más fría, y al *usted* ya de rigor hallóle cierto agrio saborete:—¿Está usted muy adelantado? preguntóle en la primera; y la última vez:—¡Entonces continúa usted sus estudios! Y nada más. Todas las cosas que pensaba decirla, las calló; y volvióse mohino á confiarlas á sus diosas de cartón, mucho más fieles y constantes que estas casquivanas de carne.

Sin saber por qué, y con motivo de esta

acogida poco amable, cobró grande antipatía á don Salustiano Pozuelo, un solterón muy rico, amigo y vecino en Las Piedras (donde poseía una *estanzuela*) de Sangil, y cliente antiguo de don Nicolás. Es cierto que nunca le había querido bien, por oirle alardear muchas veces de desprecio al arte, y tachar de haraganes y perdidos á la turba entera de rimadores, escritores de toda laya, pintores, escultores y músicos:

—¡Una ducha, una azada y al Chaco! decía; felizmente, esta plaga no nos amenaza todavía; pero hay que tener cuidado de poner el pie sobre todo el que salga con aficiones tan peligrosas.....

El no tenía otra que la de andar entre animales, y en viendo un cerdote de York, ó un becerro Durham, se pasmaba, y admirando hocicos y pezuñas iba por todos los Remates, y en su establecimiento se estaba la mayor parte del año. Olvidado hasta de asear la propia persona, en un establo durmiera complacido; y decían que su casa-habitación, de habitación merecía sólo el nombre,

porque aparte de alquilar la mitad de ella, en las piezas reservadas, interiores todas, una apenas mostraba muebles, ¡y qué muebles! cama de hierro, palanganero, mesa de noche, dos sillas y una percha. Para soltero, aún sobraba ajuar; y por juzgar supérfluo lujo el de los criados, servíale el *changador* de la esquina. No era mal parecido, y gozaba fama de mordaz y ocurrente.....

Pues la tarde de marras, estaba el don Salustiano en casa de Graciana, y con ella hablaba y reía. Lo cual fué suficiente para que Tobi atara unos cabos propios para ahogar sus ilusiones, si otras que las de platónico adorador de la Gloria abrigaba.

En esto la madeja se enredó. No por causa de Tobi, ni de Gracia, ni de don Salustiano, sino de Nico, la hormiguita infatigable del Remate. Pasados los tres años de encierro, volvieron al mundo Gracia y Ubaldina, armadas para la lucha social de todas armas, ofensivas y defensivas: belleza, donosura, ingenio, discreción... prontas para la gran batida matrimonial y dispues-

tas á vencer á la fiera que, relamiéndose, las esperaba. ¡Ay! la primera que cayó herida fué Ubaldina, al choque de una mirada ardiente de Nicolasito Montiel. Era Ubaldina de la misma edad que Gracia, y por no poseer bienes patrimoniales en absoluto, guardaba los atractivos femeninos más amables; su posición secundaria y de favor en casa de Sangil, dábale, indudablemente, aquel aire de humildad y tristeza que de tanta simpatía la cercaba. Sus amores con Nico fueron breves; no había obstáculos que allanar, ni oposición de parientes, y la boda quedó concertada sin más trámites que el sí de ambos y el amén jubiloso de las dos familias. ¡Jesús! ¡y cómo trabajó misia Estanisladita en los preparativos! Ella quiso hacer las cosas á lo grande y cumplir sus deberes de madrina, cual correspondía á una Prisco y Sangil, que de tanta fortuna gozaba; y al efecto, puso á saco todas las tiendas y mercerías y baratillos de la capital, y palpando, escogiendo y regateando telas se pasó los días deliciosamente ocu-

pada. Sus conferencias con los comerciantes, modistas y costureras, asumieron las proporciones de gravísimo debate congresil; y no comía, ni descansaba, ni hablaba de otra cosa que del equipo nupcial. Al fin, como aquel que de un plato exquisito embucha con exceso y se harta, la fatiga de tanta correría y discusión, alteró sus nervios; y llegó á confundir precios y calidades, y á no saber, á punto fijo, á qué carta quedarse entre los miles de muestras que sus bolsillos atesoraban.

Cuando todo estaba á punto, surgió una dificultad: ¿dónde se celebraría la boda? La costumbre imponía fuera en la iglesia ó en el domicilio de la novia; pero parecía natural que el tío Tano la bendijese, y como el tío Tano no podía salir de casa..... Misia Estanisladita hubo de renunciar á la fiesta que preparaba, y con honda pena, por el proyecto que se le ocurriera de tender el toldo del patio, colgar farolitos en las plantas, y vestir al gallego con librea de botones relucientes; no sé si al macaco se le

asignaba un número del programa, pero me inclino á creer que sí. Disgustadísima, misia Estanisladita dijo á la tía Bernarda:

—Bueno, que sea en tu casa; lo siento, lo siento; confiesa que tu salón no es como el mío, y estaremos muy apretados... pero, siquiera que venga un par de violines y pon alguna yemita quemada... ¡qué lástima, qué lástima de fiesta veneciana!

Sin ruido, y muy modestamente, que era la familia enemiga de alardes cursis, se verificó la boda en la salita de la calle Bolivar; ni en los tiempos de las famosas tertulias que las dos Mártires animaban con su chispa y salero, estuvo tan concurrida, ni mejor adornada; muchas flores en todas partes y luces en profusión; un altar cubierto de encajes y guirnaldas de rosas y azahares pusieron en la testera, y se trajo á don Cayetano, ya revestido, en su sillón, y le colocaron á la derecha, tan hermoso y sonriente, que parecía un santo de talla. Hasta la misma Artemia cobraba vida sobre la tela, con su traje escarlata, sus

bananas, sus rizos, y el miriñaque ahuecado.

¡Qué noche inolvidable! Misia Estanisladita lució un traje elegantísimo de siete colores, don Pepe la mejor planchada de sus pecheras, y don Salustiano se puso de limpio y se lavó en dos aguas. Noche inolvidable para Tobi, que en un rincón y meditabundo, vió venir hacia él, envuelta en albos tules, á Graciana, y la oyó decir con el tono amistoso de otro tiempo:

—Hablemos de arte, Tobi; ¡hace años que no hablamos!

¡Hablaron de arte y de tantas cosas! Ella se entusiasmaba; el calor ó la sinceridad coloreaba sus mejillas; á veces bajaba la voz para una confidencia, y jugueteando con el abanico, del corazón del mancebo hacía vibrar todas las cuerdas.

—Usted llegará á realizar sus ilusiones, tarde ó temprano ¡vaya! Sin luchar no se gana ninguna batalla; no está usted solo, hay quien le estimula, y le sigue, y le admira. Seguramente que cuando nos mire

usted desde la cumbre, le pareceremos gusanos y no se cuidará de nosotros el muy orgulloso. ¿Ve usted, Tobi? ¿quiere mayor franqueza? le tengo á usted envidia: no, no, ¡si no vale en el mundo nada lo que el talento vale! ¿la fortuna? no hay borrico que no vaya cargado con ella; ¿el poder? pasa y es causa de sinsabores; ¡pero el talento, el genio!

El mozo bebía sediento las venenosas palabras, ebrio de gozo al comprobar que, vestido de fuego como en sus sueños infantiles, aparecía siempre á la diosa inconstante; y á mayores pruebas no se atrevía, paralizado por el extraño mutismo de sus ojos hermosísimos...

Noche inolvidable también para don Nicolás, que estrenó unos cuellos ingleses, y á poco perece ahorcado; para misia Bernarda, á quien, con el sofocón, se le quemó la yema más de lo regular; y para el desvergonzado José María, que por sorber el residuo de todos los vasos, se puso lastimosamente chispo.

El casamiento de Ubaldina fué nuevo lazo que estrechó la amistad de las dos familias; se veían á diario, y si pasada la hora de costumbre los pasos ligeros de Graciana y el hipo de misia Estanisladita no se oían en la escalera, ya estaba crujiendo ésta con las patadas del gallego estropajoso:—De parte de la señora... ó:—Manda decir la niña...—Esta todo lo revolvía, y el eco de sus carcajadas alegraba la casa entera. Allá arriba, en la azotea, como escuchara el amable rumor, había quien dejaba de trabajar, pájaro que en el nido se escama y sobresalta, y la cabeza ansiosa asomaba, para recogerse dentro en seguida, meter las manos pintadas de escayola en un barreño, lavarse aprisa, atusarse los pelos, cepillarse la ropa, mientras el corazón golpeaba el pecho: *pam! pam! pam!* Y de repente, una voz fresca decía abajo:

—¿Se puede? ¿da usted su permiso, señor artista?...

Al mismo tiempo que unos saltitos en la escalerilla de hierro y otra voz risueña:—

Pasa tú primero... ¡Tobi, Tobi, aquí estamos!...—anunciaban la invasión.

El mozo hacía los honores de su taller con manifiesta torpeza, y Gracia se burlaba:

—Pero, ¿acabará usted? Déjenos pasar... No, no se acerque, que me va á poner como una molinera.

Tobi abría la boca...

—No, no, á cerrar el pico y á trabajar; á ver, siga usted, Tobi, nosotras no le molestaremos, no respiraremos.

Tobi cogía el martillo, y tras, tras, acometía á golpes al hermoso mármol. Las otras no chistaban, sentadas cerca de la ventana, entre las barricas de yeso y las artesas, no lejos del hornillo apagado. Pero, luego se desataban las lenguas, como el champaña de los vasos la alegría se desbordaba, callaba el martillo, y Tobi, blanco de polvo, delante del gracioso grupo recobraba su vivacidad, para atizar el fuego de la murmuración. Lo que había pasado, lo que se contaba, lo

que se esperaba..... A veces, Ubaldina, de burlas, se ponía seria:—¡Que estamos en el templo del arte! ¿es permitido entrar aquí con tijeras? Y se armaba grande algazara, cuando aparecía el mulato con una bandeja y tres larguiruchas copas de cerveza, á las que miraba de reojo tiernamente.....

La noticia de que Gracia se casaba con Pozuelo, la dió un periódico y causó profundo estupor en casa de Montiel. Y aunque fué para álguien puñalada de pícaro, que se clavó en las mismas entrañas, hubo quien más gritó y alborotó:

—¡No puede ser!—exclamaba Ubaldina, ¿no había de saberlo yo, su amiga íntima?

Pero, lo curioso es que la familia interesada tampoco lo sabía; don Pepe se encogió de hombros; misia Estanisladita sorprendióse: don Salustiano contestó á don Nicolás con una mueca indescifrable, y á los acosones de Ubaldina y la suplicante mirada de Tobi, respondió Gracia:

—Yo ¿con Pozuelo? ¿con don Salustiano?

¡qué esperanzas! no me llama Dios por ese camino.

Entretanto, dos veranos seguidos los de Sangil se quedaron en Las Piedras una temporada muy larga, y se supo que las visitas del vecino fueron casi diarias; además, en la calle Alsina, como amigo de confianza, estaba á mesa y mantel, y se hizo inseparable de don Pepe. Los runrrunes seguían, crecieron... y Graciana repetía indignada:

—¿Yo? ¿con ese pelón? ¿con ese roña? ¡qué esperanzas!

Con tanta valentía lo desmintió, que la creyeron; y como no faltaba á las alegres reuniones del taller, siempre locuaz y franca, entusiasta del arte, admiradora de Tobi, en cuya futura gloria ciegamente confiaba, la celosa alarma del mancebo adormecíase poco á poco. Y lo que no hiciera nunca, de declararle cosa alguna que á galanteo pudiera trascender, escapósele una tarde, que casualmente Ubaldina les dejó solos, mareado tal vez ó por los ojos satánicos ó por

la traidora cerveza de José María, frase discreta de pasión, apenas balbuceada. Pero cualquiera adivina lo que aquellos ojos verdes querían expresar! ojos que os miran muy abiertos, serenos, con pestañear nervioso, y las sensaciones del alma no reflejan ni traducen. Tobi no leyó en los de Gracia ni agrado, ni enojo, ni desdén, ni benevolencia, y no pudo, ni lo intentó siquiera, arrancarles su secreto.

La verdad es que siempre había dicho misia Estanisladita, en confianza y con la ingenuidad suya acostumbrada, que ella no entendía «la lengua de su hija.» Hay madres que del hijo mudo comprenden el lenguaje, sólo en el mover de los labios, y sus impresiones y deseos adivinan; pero á misia Estanisladita no fueran á preguntarla qué pensaba, qué intentaba ó qué haría Graciana, porque al punto respondía, con un tironcito del flequillo:

—¿Qué sé yo? A Gracia que la entienda el diablo.

Así, entre la madre y la hija existía un

divorcio moral irremediable, nacido quizá ó de la excesiva reserva de Graciana, ó del poco caso que el no muy perspicaz criterio de misia Estanisladita le inspiraba. Por lo tanto, jamás estaban de acuerdo; si juntas, disputando; si separadas, buscándose para disputar; pero, en el fondo, cariñosamente unidas y amándose al punto de no poder pasarse la una sin la otra. Aquel corazón tan grande de misia Estanisladita no podía ser nido de rencores, y la exquisita cordura de Gracia era suficiente freno para impedir el desbocamiento irrespetuoso de las palabras. Como tenían gustos diferentes y humores tan desiguales y hábitos tan opuestos, no salían juntas sino á visitas de cumplido ó á fiestas de precepto social; y guardaban libertad absoluta, Gracia dentro de la casa y la madre fuera, para hacer su regalada voluntad.

—Ya estará mamá corriendo tiendas—decía Graciana.

—Ahí queda Gracia—decía misia Estanisladita—papando moscas.

En esto de *papar moscas*, quizá, quizá, la señora no se equivocase y hubiera su miajita de fundamento. Aquellos ojos verdes imperturbables, celosos de sus secretos, en la soledad de la alcoba virginal, entre las cortinas de cretona floreada y las paredes cubiertas de cromos devotos, andaban errabundos y pensativos largas horas; y nadie atinar podría con el itinerario de aquel viaje alrededor de una idea, porque nadie *entendía su lengua*. Ya el piano, los pinceles, los libros, no ofrecían el grato solaz de los días primeros; y el alma vagaba á tientas, tras de ese ideal que á muchas cabecitas femeninas deslumbra, trastorna y ciega. Sangil, el hombre manso y ocupadísimo, que no sabía de procesos psicológicos, ni le importaban tampoco, preocupado con la larga enfermedad de la viuda de N..., una amiga cariñosa que no acababa de decir las siete palabras, y en la segunda boqueada se estaba desde el último otoño, con grande impaciencia de herederos y albaceas, ni de las salidas de su mujer, ni de las encerronas

de su hija hacía caso. Se ha dicho que él fué el instigador y quien metió á Pozuelo en la casa, y sacó á la luz su candidatura matrimonial, pero no es cierto. Quien habló á Graciana de cosa tan delicada, fué misia Estanisladita en esta ó parecida forma:

—Me ha preguntado Ubaldina si lo de Pozuelo es exacto, y yo le contesté la verdad, como siempre; que no sabía jota. No vengo á sonsacar tus secretos, que los guardas con avaricia, ni á darte consejos; pero me parece que no está bien que digas si Pozuelo tiene pelo ó es pelón, porque al fin pasa por amigo de la familia. ¿Te pretende? ¿te ha indicado algo? ¿se ocupa de ti? Tú sabrás; ¿te gusta? ¿no te gusta? ¿gustas de algún otro? Escoge, hija, escoge. Pero cásate. Creo que te hace falta marido. Búscalo. Tienes veintidós años. A tu edad á mí también me dió por el romanticismo, y me entraron unos histéricos atroces. Pero yo me desahogaba con las amigas, soltaba todas mis lágrimas en el seno de la pobrecita Artemia Mártir, que esté en gloria, y de

Bernarda; les confiaba dónde me dolía y las aburría hablándoles de mi Pepe: esto alivia el corazón, aviva la esperanza y consuela muchísimo. Tú, en cambio, te lo tragas todo, y claro, lo tienes indigestado y te molesta. ¡Ay! el día que me digas: ¡mamá, tengo novio! será uno de los más felices de mi vida. Ya tengo pensado el vestido que te he de mandar hacer: de *surah* blanco, un *surah* color de marfil, precioso, que acaban de sacar en la tienda *de los Cuatro Cantones*, baratísimo, baratísimo. ¿Y el ajuar? ya le tengo prometido á madama Garnier encargárselo, y el otro día estuve viendo unas batistas... porque esto de pedirlo á París es pura faramalla. Con que, hija mía, compláceme de una vez. ¡Cuando pienso en el patio con farolitos, y en Tanasio de librea!

Pues, en aquel mes de Diciembre en que esta historia dió comienzo, á los postres de una comida que el calor y los mosquitos, invadiendo por las puertas abiertas sobre el jardín, hicieron insoportable, aprovechando de la ausencia de Tanasio, á misia Es-

tanisladita y á Gracia dijo algo don Pepe con voz queda y misteriosa. Graciana tenía al horrible mico sobre las rodillas y le daba bizcocho mojado en jerez; alzó los ojos, quedó suspensa y los dedos dentro de la copa urgaron nerviosamente, mientras el hambronazo se impacientaba y con las manitas negras tiraba de la manga de muselina á su dueña. Y misia Estanislada, con emoción grandísima, balbucía:

—¿De veras, Pepe? ¿de veras? á mí ¿qué me ha de parecer? muy bien. Ahora falta que ésta... porque ella es la que decidirá.

Volvió Tanasio, y por pescar algo de la conversación, sobre la mesa paseaba las manazas callosas, haciendo que se daba prisa en alzar los manteles; pero la señora le despidió:

—Váyase usted, Tanasio, y llévese á Loló, que aquí estorba.

Y así era, en efecto, pues el señorito, viendo que dentro de la copa, hasta la mitad llena del dorado licor, quedaban distraídos los dedos de su ama, y el bizcocho

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

se emborrachaba sin que él llegara á catarlo, se puso á silbar con furia, dando saltos y manotadas; y gritos, arañazos y mordiscos cuando le cogió el gallego y al patio le sacó en vilo, atándole á la cadena.

Otra vez, misia Estanisladita decía:

—Porque, ahora, á ésta le toca decidir: nosotros, chitón ¿verdad, Pepe? conque vamos, mujer, abre esa boca. Ya lo has oído: el sí ó el no dependen de tu capricho.

Gracia callaba; la misma voz queda y misteriosa, la de Sangil, hablaba nuevamente; y también misia Estanisladita, que indicó:

—Bueno será que nos vayamos á Las Piedras, y allí ésta tendrá tiempo de pensarlo y ocasión de decidirse. Eso, en Las Piedras.....

La interrumpió la llegada de Tanasio, que venía á encender el gas, y en abrir cada pico de la araña y frotar cada cerilla se estuvo más tiempo.....

Los ojos verdes, entre tanto, pestañeaban, y en lo infinito hundían la mirada serena é imperturbable.

IV

Chisporroteaba el anafre alegremente, y en torno, avivando las áscuas, la negrita Lucrecia, como diablillo en las fraguas infernales, iba y venía; á veces, á riesgo de chamuscarse el morro, soplaba dentro, de rodillas sobre las losas del corredor, y á la blanda voz de misia Bernarda, que en el fondo de la habitación, ceñido el limpio delantal y delante de la mesa de pino, preparaba la carbonada para don Cayetano, respondía, sofocada por el humo:

—Sí, señora, cuando su mercé guste.

Acabó misia Bernarda de picar el trozo de lomo, echó en una cacerola hasta tres cucharadas de amarilla grasa de vaca y un chorrito de aceite puro de oliva, salió y la